

## LA LITERATURA POPULAR EN BIZANCIO. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS\*

**RESUMEN:** Revisión de los criterios tradicionales sobre la dicotomía entre lengua culta y popular. Los niveles de lengua están en relación directa con los temas objeto de tratamiento literario, con lo que ambos registros parecen operar en todo el conjunto de la producción literaria bizantina, desde el s. VI hasta el XV. Así, es objeto de consideración una buena parte de la literatura hagiográfica de los ss. VI-VIII. Para época posterior (ss. XII-XIII) es inexacto sostener que los niveles de lengua estén en función del tipo de lector. Autores de sólida formación clásica se expresan indistintamente en lengua popular y culta; es más, no son infrecuentes los casos en que vocabulario tenido por puramente demótico encierra, en realidad, una aguda crítica e ironía, propias de una culta sofisticación.

**PALABRAS CLAVES:** Literatura popular, Bizancio.

**ABSTRACT:** This paper is a revision of the traditional criteria about the dichotomy between popular and learned speech. The levels of speech are directly related to the topics of literature, and thus both registers appear in the whole Byzantine literary production, from the sixth century through the fifteenth. Part of this production is sixth to eighth centuries hagiographical literature. For the later period (twelfth-thirteenth centuries), it is not accurate to think that the levels of speech are related to the level of the reader of the texts. Authors of Classical education use both the popular and the learned levels of speech. It is also not

---

\* Trabajo realizado en el marco del proyecto BFF2000-1097-C02-01.

infrequent that demotic terms are used in learned and sharp criticism and irony.

KEY WORDS: Popular literature in Byzantium.

Aunque los bizantinistas no parecen muy inclinados a trasponer el tradicional conflicto neogriego entre literatura en lengua culta (cazarévusa) y popular (dimotikí) a la literatura bizantina, sí que existe una apariencia de clara dicotomía entre literatura culta, o mejor, erudita y vernácula.

Tradicionalmente los historiadores de la literatura bizantina, desde K. Krumbacher, señalan el comienzo de esa diferenciación a principios del siglo XII, y la definen por la utilización de un nivel popular de lengua (griego demótico) y por los contenidos. Así, encontramos que el factor diferenciador esencial parece radicar en el nivel de lengua utilizado, matizado luego por la presunta popularidad de los temas tratados. En teoría, cabría pensar en un criterio mayor para definir la literatura popular en el conjunto de la literatura bizantina a lo largo de toda su historia, incluyendo la mayor extensión desde las fronteras justinianas hasta los estados tardomedievales de Trebisonda, Epiro o la Morea. Pero este criterio no se ha tenido en cuenta, con lo que nos encontramos extrañamente excluidos autores como Juan Mosco (siglos VI/VII), Juan Damasceno (siglos VII/VIII), Cosmas de Jerusalén o de Mayuma, también conocido por el Himnógrafo o el Melodo (siglos VII/VIII), Bartolomé de Édesa, o autores periféricos más tardíos como Maqueras, Dellaporta o Saclices, así como una larga serie de hagiógrafos y poetas suritálicos y de Sicilia. Nada justifica esta amplísima exclusión basada en criterios cronológicos y geográficos, pues ello equivaldría a ignorar el significativo hecho de que una inmensa producción literaria, con mayores o menores rasgos demóticos o populares, tuvo lugar desde fecha temprana hasta tardía y que se desarrolló en los límites del imperio.

Así que parece acertado afirmar que la literatura popular bizantina empieza bastante antes del siglo XII, aunque su consolidación definitiva coincida aproximadamente con la aparición de las literaturas vernáculas occidentales. En Bizancio, el período comprendido entre el siglo VI y el XI puede ser considerado como de preparación y las muestras más significativas de una literatura popular las encontramos en la cronografía –caso de Juan Malalas– y en la hagiografía; la tendencia a la “vulgarización” parece reforzarse en la época de los “siglos oscuros” con Jorge de Pisidia (siglo VII), un innovador en la poesía griega, por el uso que hace por primera vez del trímetro yámbico para la épica, rasgo que constituye un primer

paso para el verso político; en épocas como las de Focio y Simeón Metafrastes (siglos IX y XI, respectivamente) la tendencia a la “popularización” parece quedar estancada, mientras que, de la mano de susodichos autores, se produce un auge del enciclopedismo y la codificación y depuración estilística de la primitiva hagiografía

Junto a la cronografía y la hagiografía, los dispersos repertorios –pequeños– de aclamaciones o poemitas de censura de los demos del Hipódromo o del ejército dirigidos a los emperadores, en proverbios populares, etc.<sup>1</sup> conservados en el *De Ceremoniis* y en determinados cronistas e historiadores (p.e. Teófanos, Teofilacto Simocata, Juan de Antioquía, Cedreno, Ana Comnena, Liutprando, etc.) nos ofrecen tempranos testimonios de lengua vulgar.

La evolución de la lengua griega en la Alta Edad Media discurre por cauces muy distintos de los que hallamos en los pueblos románicos. Las protoliteraturas de Francia, Italia o la Península Ibérica aparecerán con características más homogéneas entre los siglos X y XII, mientras que en el fluctuante ámbito del griego la diglosia o polimorfismo de la lengua es constante, así como la interacción entre los diversos niveles de lengua. En la época altomedieval no podemos todavía hablar de una diglosia clara (dimotiki / cazarévusa) al estilo de la lengua bajomedieval y moderna, sino que en estos textos nos hallamos mejor ante una mezcla de formas gramaticales y léxicas antiguas y nuevas, o sea un tipo de lenguaje vulgarizante (δημώδης) que puede denominarse “romeico” (concepto por lo demás típicamente bizantino) y que recoge la idea de herencia del legado romano que tenía el Imperio de Oriente. En realidad, creo que con esta protoliteratura bizantina vulgarizante estamos ante un intento de tender puentes sobre el vacío estilístico que supone –en un largo período de profundas transformaciones del Imperio– la carencia de una literatura altamente formalizada; porque no se trata todo de una cuestión de lenguaje o de niveles de lengua, sino también de géneros y temas.

Quizá los estudiosos de la literatura bizantina han tendido a establecer una diferencia demasiado tajante entre la literatura “seria” (*hochsprachliche Profanliteratur*) y la “popular” (*Volkssprachliche*), al considerar a la primera una continuación del aticismo purista y a la segunda como la escrita en una lengua más o menos vernácula. Pero esta diferenciación (nada clara, por ejemplo, dentro o fuera de la literatura teológica) se fundamenta en la

<sup>1</sup> Cf. P. MAAS, «Metrische Akklamationen der Byzantiner», *BZ* 21 (1912) 28-51 y P. BÁDENAS, «Primeros textos altomedievales en griego vulgar», *Erythra* 6.2 (1985) 163-183.

intención evidente de los círculos literarios —de la corte constantinopolitana sobre todo— por emular a los escritores antiguos. Sin embargo Bizancio es, en una multitud de aspectos, una combinación de elementos antiguos y nuevos, ¿por qué no iba a suceder lo mismo en la literatura y, por lo tanto, en el lenguaje? Así es como pensamos que la oposición entre lo “culto” y lo “popular” es más aparente que real, un solapamiento entre la tradición antigua y las nuevas formas de expresión (gramatical, lexical, literaria). Una prueba del interés que presenta la exploración de esta vía es que en los quince o veinte últimos años se ha venido prestando bastante atención a las paráfrasis simplificadas de historiadores bizantinos<sup>2</sup> donde hay muestras evidentes de ese solapamiento de niveles y estilos.

Una manifestación análoga es la tendencia que se observa a la transformación de textos con gran abundancia de elementos vulgarizadores en versiones depuradas de tipo aticista. Los casos más llamativos serían los de Simeón Metafrastes (o sea, el ‘traductor’) y las adaptaciones de los escritos de Teodoro Estudita.

Es posible transponer la cuestión de la dicotomía o simbiosis de las literaturas culta y popular en Bizancio a los problemas de la moderna investigación. Este, por ejemplo, sería el caso del loable, pero contorvertido, trabajo de E. Criarás, *Diccionario de la literatura greco-vulgar medievaaB*. Pero los problemas de delimitación que este diccionario presenta son patentes y se deben sobre todo a la selección de las fuentes (p.e. inclusión de obras consideradas básicas de la literatura bizantina popular, como las de Macrembolita, Pródromo, Eugeniano, Manasés, pero exclusión de fuentes muy ricas de autores-puente como Neófito Enclisto, Canabutzes, la paráfrasis del Nicetas Coniata o numerosas fuentes documentales). La tendencia tradicional a establecer cortes tan rigurosos entre lo culto y lo popular en instrumentos de trabajo esenciales, como el diccionario de Criarás, es que se nos priva de la recogida y estudio de una masa de material importantísima, dispersa en obras tenidas por más o menos “cultas”, pero que es indicativa para entender y medir su papel mediador entre la configuración del nuevo vocabulario y gramática, a partir del antiguo. Erich

<sup>2</sup> H. HUNGER, *Anonyme Metaphrase zu Anna Komnene, Alexias XI-XII*, Viena, 1981; J. L. VAN DIETEN, ‘Bemerkungen zur Sprache der sogenannten vulgärgriechischen Niketasparaphrase’, *ByzF* 6 (1979) 37-77, cf. la paráfrasis en ap. crít. de *Nicetae Choniatae Historia*, Bonn 1835. Dos muestras de las variantes de un mismo término serían, p.e., κοκκινάδα (‘enrojecimiento’) en la metáfrasis de Ana Comnena 411, y κοκκινότης en la paráfrasis de Nicetas 779.

<sup>3</sup> *Λεξικό της μεσαιωνικής ελληνικής δημόδους γραμματείας*, Salónica, 11 vols. α-εκαθάρα, 1968-1990.

Trapp<sup>4</sup> en su nuevo Léxico del griego bizantino contempla sin embargo un espectro mucho más amplio, unas 2.000 obras.

Partiendo de la base de que es innegable un cierto grado de dicotomía entre literatura culta y vernácula, lo importante sería establecer los elementos de griego demótico, romeico o vulgar en la literatura bizantina para observar el grado de simbiosis o coexistencia según la época, la región, los géneros, los autores y las obras en concreto. Los motivos por los que un autor puede recurrir a un mayor o menor uso de formas vernáculas pueden ser tres: una insuficiente formación clásica; la voluntad de ser mejor comprendido por los lectores y un simple recurso estilístico. A su vez, el recurso a un doble nivel de lenguaje dentro de un mismo texto puede presentar diversas modalidades: el estilo aticista puede aparecer a principio y final de la obra, mientras que el núcleo del escrito se desarrolla en un estilo más vulgar o, mejor, vernáculo; además, no es imposible que los vulgarismos queden reservados para las partes narrativas, para la cita literal de dichos o que se limite a determinados pasajes con intención satírica.

En el caso de la historiografía y de la cronografía, sin duda el género literario más representativo de la literatura bizantina y, por ello, el más conocido y mejor estudiado, encontramos que autores como Teófanos, Genesio, Ducas, Jorge Esfrantzes, Miguel Panareto, el cronista anónimo de Ioánina, etc. mezclan continuamente en el lenguaje elementos arcaizantes e innovadores, o sea vulgares; mientras que otras obras, como la Crónica de Morea o el relato de Leoncio Maqueras, están escritas deliberadamente en un puro griego vernáculo o, incluso, dialecto local. Además de la historiografía, otro de los géneros tenidos en cuenta por Trapp es, por ejemplo, la geografía; su interés es especial porque depende en gran medida de los geógrafos antiguos e innova por razones prácticas, tal sería el caso de los *Patria* de Constantinopla, de los comentarios a Dionisio de Halicarnaso por Juan Canabutzes, de las descripciones medievales de Tierra Santa, del material de portulanos, etc.

El género tradicionalmente identificado como el ejemplo perfecto de la literatura popular en Bizancio, la novela en verso rimado (romance), tiene su propia y larga historia: surge en el mundo helenístico, sobrevive así en Bizancio con su carga clásica, revive en forma versificada, se impregna de

---

<sup>4</sup> E. TRAPP, *Lexikon zur byzantinischen Gräzität*, Viena 1994-99 (α-ζωόσοφος); para sus planteamientos lexicográficos son imprescindibles sus trabajos *Studien zur byzantinischen Lexikographie*, Viena 1988; *Lexicographic Byzantina*, Viena 1991; «Learned and Vernacular Literature in Byzantium, Dichotomy or Symbiosis?», *DOP* 47 (1993) 115-129.

influjo occidentales y desaparece. Es mucho lo que se ha avanzado hoy en el estudio de los “romances” bizantinos (R. Beaton<sup>5</sup>, P. A. Agapitos, O. L. Smith<sup>6</sup>) y su poderoso influjo en la literatura medieval; se trata más de un caso de transición continuada que de simbiosis o de oposición de formas de composición con una temática muy concreta. No se puede dudar de que las obras de Heliodoro y Aquiles Tacio se estuvieron leyendo de manera ininterrumpida desde el siglo XI hasta el XV, cuando aparecen los primeros imitadores bizantinos de tan veterano género: Eustacio Macrembolita<sup>7</sup> (=Eumathios), cuyo *Hismines e Hisminias*, que puede fecharse en época de Pselo<sup>8</sup>, es una síntesis de Tacio y Heliodoro. La hipótesis de Plepelits de identificar al Macrembolita con el propio Juan Ducas –difícilmente capaz de escribir una obra en ático– es arriesgada, lo más seguro es que nuestro Eustacio dedicara su obra a dicho Ducas en la época en que Pselo dirigió a éste algunas de sus cartas. El problema es por qué desde el siglo XII en adelante los romances se componen en verso. No parece desacertada la idea de que la recreación del género por el Macrembolita fuera una consecuencia de los influjos occidentales debidos a las Cruzadas y se acabara por adoptar la expresión versificada, como sucedía en Occidente. Las líneas generales de esta literatura novelesca, podían –según Trapp– haber sido como sigue: el género de novela de amor de la llamada segunda sofisticación florece entre los siglos II y IV influyendo, relativamente, en las vidas de santos. Esto se continúa hasta el momento en que dejan de componerse novelas no religiosas y la hagiografía se convierte en el principal género que entusiasma a los lectores. Sin embargo, el género hagiográfico decae a principios del siglo XI y renace la novela laica que reelabora –por influjo claramente occidental– los temas antiguos para adoptar, primero, una nueva forma poética y, más tarde, en época paleóloga, temas y estilos también nuevos.

Constantino Manases (siglo XII) es un buen ejemplo de esta continuidad e innovación, creador de un nuevo tipo de crónica versificada (*Χρονική σύνοψις*), abundante en imágenes homéricas con un vocabulario retórico junto a expresiones abiertamente chocarreras; la *Crónica* de Manases se hizo muy popular (existen gran número de apógrafos), fue parafraseada

<sup>5</sup> R. BEATON, *The Medieval Greek Romance*, Cambridge 1989.

<sup>6</sup> P. A. AGAPITOS - O. L. SMITH, *The Study of Medieval Greek Romance*, Copenhagen 1992.

<sup>7</sup> *Eumathios, Les amours homonymes*, trad. francesa de F. MEUNIER, París 1991.

<sup>8</sup> Esta datación, debida a su traductor al inglés, K. PLEPELITS, *Hysmine and Hisminias*, Stuttgart 1989, se fundamenta en la identificación de Caridux por el César Juan Ducas.

al griego vulgar, conoció una “continuación” y en el siglo XIV se tradujo al búlgaro, como el *Diyeñís*, el *Barlaam* o el *Megaléxandros* (obras, estas últimas, que concitan además una rica tradición iconográfica propia); también compuso una novela de amor en verso, *Aristandro y Calitea*, de la que sólo nos han llegado fragmentos. Manases utiliza abundantes formas innovadoras y compuestos populares, muy alejados de los moldes aticistas, además de su tendencia al empleo del verso político; tal sería el caso, por ejemplo, de compuestos del tipo γλυκο- en lugar del clásico γλυκν-, lo cual es un fenómeno que surge ya en el siglo V, aunque el adjetivo γλυκός se atestigua más tarde; Manases utiliza, por ejemplo, formas como γλυκόχυμος, ultracorregido γλυκύ- por los editores).

A finales del siglo XIV, Teodoro Meliteniota, alto funcionario patriarcal y consumado antiunionista, además de polifacético y prolífico escritor, compuso entre otras cosas un largo poema alegórico *Sobre la templanza* (*Εἰς τὴν σωφροσύνην*)<sup>9</sup>, en tres mil y pico versos políticos, con ecos vernáculos de los poemas de *Diyeñís Acríta* y de *Libistro y Rodamna*, donde aparecen innovaciones léxicas como, por ejemplo, compuestos del tipo de ἐρωτοπιτρώσκω, exactamente igual a compuestos que aparecen en literatura en griego vulgar más tardíos, como *Florio y Platziaflora* y el *Crasopateras* (κοκκλινοβοβαμμένος, πορφυρίζω).

El caso de la épica sobre *Diyeñís Acríta* es paradigmático, pues recibe influencias de la hagiografía y de la novela. Los dos grandes temas épicos bizantinos se limitan a las leyendas y tradición oral sobre *Diyeñís* y Belisario. Este último, un personaje histórico de época justiniana, cuyo leitmotiv es la envidia que conduce a la perdición y con poco que ver con el auténtico Belisario; en realidad el “Belisario” del poema es una síntesis acumulativa que aglutina con desbordante imaginación a diversos personajes y hechos de cronologías muy dispares, con base histórica, pero reelaborados por la imaginación y la tradición popular. De entre todas las facetas que integran el Belisario del poema, Beck<sup>10</sup> apunta a una “literalización” de la trágica figura de Alejo Filantropeno, un general de Andrónico II Paleólogo víctima de las insidias de la nobleza bizantina. No hay duda de

<sup>9</sup> V. TIFTIHOGLU, «Digenes, das Sophrosyne Gedicht des Meliteniotes un der byzantische Fünfzehnsilber», *BZ* 67 (1974) 1-63.

<sup>10</sup> H.-G. BECK, *Geschichte der byzantinischen Volksliteratur*, München 1971, p. 152 (ed. gr. p. 244). Interesante el trabajo de B. KNÖSS, «La légende de Bélisaire dans les pays grecs», *Eranos* 58 (1960) 237-280.

que en este caso el núcleo de la épica “belisariana” se fue impregnando de elementos moralizantes hasta producir en realidad un poema parenético.

Volviendo al caso del *Diyenís* —mucho más estudiado—, nos encontramos con que existen dos tradiciones, en griego y en antiguo ruso, cada una con su respectiva problemática en cuanto a historicidad, lenguaje, composición, influjos, etc. Gran parte de estos problemas han sido bien estudiados y, en buena medida, resueltos, pero sin embargo quedan aún bastantes otros por aclarar. La versión del Escorial (incompleta) y en lengua vulgar refleja un estado del texto más original que la versión del manuscrito de Grottaferrata<sup>11</sup>; la versión rusa tiene grandes alteraciones; el lenguaje refleja en origen un koiné simplificada, similar a la del libro *De ceremoniis* y del *De administrando imperio*. El personaje de Diyenís (‘el de doble linaje’) así como su padre son héroes simbólicos, no personajes reales. Una multitud de detalles relacionados con la historia y la geografía nos remontan a los siglos IX y X; el poema que hoy conocemos es la confluencia de diversas tradiciones: los rasgos épicos procederían del “poema del Emir” y, por otro lado, los poemas fronterizos (‘acríticos’) suministrarían el núcleo novelesco de la leyenda del que podríamos denominar Diyenís-1. A partir de esta confluencia entre el *epos* del emir y las canciones acríticas se habría configurado básicamente el Diyenís-2, el que ha llegado hasta nosotros, este Diyenís ampliado tendría la rama griega en dos versiones: la culta del manuscrito de Grottaferrata (G) y la vulgar del ms. de El Escorial (E) —hay otras, como la de Trebisonda— y la eslava, con un mayor número de ingredientes narrativos.

La versión G presenta afinidades con vidas de santos<sup>12</sup> a través de los siguientes motivos impulsores de la acción: conversión; rápido crecimiento del héroe; domesticación del león (por diferentes medios, claro está); abandono de la casa paterna; vida en el desierto; encuentro con el emperador; encuentro con una mujer sola que es seducida por el héroe (o que al menos lo intenta); lucha con el dragón; actividad edilicia; muerte de los padres del héroe; muerte simultánea del héroe y de su compañera; lamento general por la desaparición del héroe inimitable. En las *vitae* de Teoctisto de Lesbos, de Teodoro Estratelates, de Lázaro del Monte Galesio y, sobre todo, de Teófanos y Pansemne, hay ya muchos elementos que reaparecerán en el *Diyenís*. Por ejemplo, Pansemne se enamora del famoso

<sup>11</sup> Para ambas versiones, la escorialense y la grottaferratense, véase la reciente ed. de E. JEFFREYS, *Digenis Akritis*, Oxford 1998.

<sup>12</sup> E. TRAPP, ‘Hagiographische Elemente im Digenes-Epos’, *AnBoll* 94 (1976) 275-287.



eremita Teófanos y vive con él en el desierto (en celdas separadas, por supuesto), ambos mueren a la vez y el pueblo cristiano los llora. La seducción es un factor esencial en la leyenda sobre san Martiniano, como en la de Diyenís; al joven y apuesto santo de dieciocho años que se retira al desierto el diablo lo tienta de diversas maneras, incluso metamorfoseado en dragón, y le envía una hermosa cortesana para tentarlo, pero el santo evita el pecado caminando sobre las brasas. La leyenda del monje soberbio presenta también afinidades con Diyenís; un monje que quiere emular a Isaac (el patriarca bíblico), se ve tentado por el diablo quien bajo apariencia de soldado le confía una muchacha, un criado y dinero; el monje acaba violando a la chica y, arrepentido mas temiendo ser descubierto, mata a la joven y al criado; el monje huye y, tras diversas peripecias, es ahorcado. Diyenís, en la versión G, seduce a la hija de Haplorabdes, se arrepiente y se marcha a otra región. Más adelante cuando comete su segundo adulterio con Maximó, el héroe acaba por matarla. Esto significa, en suma, que si bien el mundo del héroe es opuesto al del santo varón eremita, las aventuras y vicisitudes de ambos muestran ciertas similitudes que facilitan los mutuos influjos desde el punto de vista literario. El punto de mayor coincidencia entre ambos temas es la semblanza moralizante de los retratos típicos del antihéroe y del antisanto, capaces de dar muerte a la mujer que han seducido por no poder soportar el deshonor de su acción.

En el terreno lingüístico, las versiones G y E difieren mucho y han producido una larga polémica entre los estudiosos. Los partidarios del carácter "serio" del *epos* propugnan la prioridad de G, en su favor aducen no sólo la mejor y más completa estructura formal, sino el tipo de lenguaje más cuidado, mientras que los partidarios de la preminencia de E actúan, quizá, más impulsados por la frescura y originalidad del *sermo vulgaris*, viendo en ello el mejor indicio de autenticidad. Es de suponer que el original se compusiera con una lengua mixta que el recensor de G tendió a "aticizar" y el de E a vulgarizar, no siendo infrecuentes las tendencias contrarias en ambas recensiones.

La novela de Alejandro Magno es otra de esas obras medievales difundidas por toda Europa. El núcleo inicial se atribuye a Calístenes de Olinto, el historiador que acompañó a Alejandro en sus expediciones (de ahí lo de Pseudocalístenes). No se trata formalmente de una novela, sino de un relato de aventuras extraordinarias, progresivamente mitificadas por la fantasía popular. O sea, en torno a un núcleo histórico se fue creando una biografía fabulosa donde las peripecias dramáticas y los escenarios maravillosos deben tanto a la ficción como a la realidad. Ese núcleo, de corte helenísti-

co, puede datar del siglo III d.C. Las cinco recensiones conservadas (de entre el siglo IV y el VIII) fueron incrementando los episodios fabulosos. Pronto surgieron adaptaciones a otras lenguas; copto, siríaco, etíopico, sin faltar algunas antiguas, en latín (J. Valerio Probo, siglo IV) y en armenio (siglo V). Después hay un largo vacío, en 1388 encontramos una redacción en verso político, y otra –de datación imprecisa– en prosa, de la que hay versiones discrepantes entre el XIII y XVI. La historia de Alejandro también se popularizaría entre los eslavos: con dos recensiones rusas del XII insertas en cronografías y otra en serbio, del siglo XV. La versión griega: la *Rimada de Alejandro* de ca. 1500 (ya en griego moderno) tiene influjos de la tradición eslava (p.e. el préstamo νεμάλο, “no poco”). El tema de Alejandro Magno fue especialmente emotivo y querido para los bizantinos en relación con la visión de un pasado con el que querían identificarse, por griego y universal, de manera que los más sobrios cronistas, p.e. la anónima *vita* de Macario de Roma<sup>13</sup> o el *Apocalipsis* de Pseudo-Metodio de Patara<sup>14</sup> no dudan en insertar referencias, ampliamente conocidas del público, sobre palacios fabulosos, gigantes encerrados en montañas, monstruos extraños, pueblos exóticos, etc. procedentes de la saga de Alejandro. Trapp, sin embargo, duda en considerar esta pieza del *Alexanderroman* como representativa de la literatura popular bizantina<sup>15</sup>.

En relación con un género como el satírico, cabe preguntarse si nos hallamos ante una forma independiente dentro de la literatura popular. Desde Krumbacher se tiende a considerar que el género arranca con el Ptoconpródromo y se continúa con una larga serie de poemas sobre motivos tomados de la historia natural como pretexto alegórico y simbólico (cuadrúpedos, peces, pájaros, frutos, etc.). Si se acepta que su origen está en diálogos satíricos inspirados en la tradición clásica, pero que el empleo sistemático de la lengua vernácula y sus alusiones a personas, hechos o situaciones contemporáneas, entonces sí que se trata de un género claramente popular. Pero si nos fijamos en un autor tardío, como al salonicense Juan Catrares, autor de un corto poema (222 vv.) en versos anacreónticos lleno de invectivas contra un escritor búlgaro, Neófito Momoitzilas Prodromenos, tildado, con un tufillo racista, de Βουλγαρο-αλβανιτο-βλάχος y vapu-

<sup>13</sup> Conservada en varios mss. del s. XI, ed. de A. Vassiliev, *Anecdota graeco-byzantina*, Moscú 1893, pp. 135-165.

<sup>14</sup> El texto, atribuido al obispo de Patara, Licia, del s. IV fue compuesto realmente en el VII. Existen otras versiones en siríaco, latín y eslavo. Los mss. conservados de la recensión griega proceden de los ss. XIV-XVII.

<sup>15</sup> E. TRAPP, *DOP* (1993) p. 121.

leado por su ignorancia en literatura clásica, es difícil que podamos clasificarlo como una muestra de literatura auténticamente popular, aunque el lenguaje sea griego vulgar y esté trufado de eslavismos y albanesismos para ridiculizar el habla bárbara del pobre destinatario. En primer lugar, el opúsculo de Catrares utiliza deliberadamente una forma aticista, con un metro nada popular, y los recursos a demoticismos coloquiales y barbarismos fingidos son más bien indicativos de la cultura, erudición y dominio de los registros del lenguaje que de una inspiración surgida colectivamente del pueblo. Expresiones como *δαιμονάριον καλογέριν καὶ τρελλὸν φιλοσοφοῦδιον* (“monje demoniaco y loco filosofucho”) o como *δότε μ’ ὀλίγον χαβιάριον, νὰ πλανήσω τὸ ψωμὶν μου* (“dame una pizca de caviar que desdenaré mi pan”) son tan solo variaciones estilísticas con un vocabulario popular, mejor diría yo “vulgarizante”. La sátira de Catrares nos muestra realmente que estamos ante una obra de inspiración culta, pero de factura estilísticamente popular, o sea una muestra de nexo entre literatura culta y popular.

En esta misma línea de subgéneros mitad cultos, mitad populares estaría la relación entre teología y sátira. La disputa antiunionista de Constantino Panagiotes con el Cardenal Eufrosino<sup>16</sup> a propósito de los ázimos es históricamente dudosa; seguramente es un escrito ficticio del siglo XIV, cuando proliferaban, en el Atos, virulentas invectivas contra Miguel VIII, el emperador restaurador del Imperio tras el exilio niceno, pero que fue considerado traidor y hereje por su aproximación a Occidente y su política dirigida a superar la separación con Roma<sup>17</sup>. En la forma en que se nos ha conservado, se trata –por el lenguaje– de una sátira popular de contenido polémico-religioso. Junto a las escenas hilarantes donde, por ejemplo, se ridiculiza cruelmente la llegada del latinófilo Juan Beco a Constantinopla con una docena de cardenales montado en un burro o las discusiones ininteligibles entre filolatinos barbilampiños y antiunionistas barbudos, el lenguaje recurre a compuestos muy efectistas, en apariencia populares; se trata en suma de un ejercicio retórico cuasi aristofanesco. No muy alejadas andan otras manifestaciones de literatura religiosa polemista contra el Islam, como los diálogos del monje Eutimio y de Bartolomé de Édesa<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> Ed. de A. VASSILIEV, *Anecdota graeco-byzantina*, Moscú 1893, pp. 179-188.

<sup>17</sup> J. KODER, «Patres Athonenses a Latinophilis occisi sub Michaelae VIII.», *JÖB* 18 (1969) 87 ss.

<sup>18</sup> Cf. E. TRAPP, «Die Dialexis des Mönchs Euthymios mit einem Sarazenen.», *JÖB* 20 (1971) 112 ss. K. P. TODT (ED.), *Bartolomaios vom Edessa. Confutatio Agareni*, Würzburg 1988.

En cuanto al género homilético que, en principio, no parece muy apropiado para el estilo popular por su objetivo religioso-edificante, sin embargo requiere un despliegue de erudición sobre la literatura antigua, por lo cual los vulgarismos no son infrecuentes. Neófito Enclisto o Nilo Berto, por ejemplo usan ampliamente coloquialismos y dialectalismos; estos escritores tienen sus precursores en autores como Teodoro Estudita (ca. siglo IX) o Filipo Monótopo (siglo XI). El primero, por ejemplo, hace notables concesiones a la lengua hablada por el pueblo y abandona el estilo elevado de la literatura teológica tradicional (aparición de formas muy próximas ya al griego moderno: καλοκαίριον, ἄς, πλάκαν, σπάνη, etc.).

Nos queda el caso más llamativo: la retórica secular bizantina, que es el campo que, en principio, menos parecería admitir los rasgos propios de la lengua vernácula. Los bizantinos cultos se sirvieron de la retórica, a través de la mimesis de los antiguos, para los discursos, la epistolografía y demás subgéneros propios de ámbitos "serios" de la vida intelectual y política. No se puede dudar de que la epistolografía bizantina es el baluarte del aticismo, es más, incluso las cartas corrientes, privadas podría decirse, no se consideraban obras literarias ni tampoco había intención de preservarlas como modelos para futuras generaciones y sin embargo son muy pocas las cartas de autores conocidos y cultos que no tengan un valor literario (salvo algunos testimonios de textos oficiales vernáculos que son una excepción que confirma la regla). Genadio Escolario, en 1452, no obstante en una carta antinunionista<sup>19</sup>, dirigida al clero, incluye no obstante numerosas formas de optativo y expresiones coloquiales como σᾶς, ἔνε, θέλει νὰ εἶπῃ τίποτε, ἀκόμη, ἄς ἔνε, νὰ ἔλθωσιν ἐδῶ, etc. Los mejores ejemplos de correspondencia en lengua vernácula suelen aparecer en la comunicación con extranjeros, como José Brienio cuando se dirige (1402) a un tal Gianile de Spiga en Creta, o el cardenal Besarión en tres cartas al séquito de los hijos de Tomás Paleólogo, donde las formas aticistas se relegan a las fórmulas iniciales y finales. Parece evidente que el recurso a la lengua vernácula es para favorecer la comunicación con los destinatarios. Teodoro Láscaris, uno de los emperadores más cultos en su correspondencia con su consejero y amigo Jorge Muzalón inserta expre-

---

<sup>19</sup> Ed. de L. PETIT - X. A. SIDÉRIDÈS - M. JUGIE, *Oeuvres complètes de Georges (Gennadios) Scholarios*, 8 vols., París 1928-1936, vol. 3, pp. 166 ss.

siones demoticistas<sup>20</sup>. Estamos así ante un caso bien claro de simbiosis entre lo culto y lo popular.

La simbiosis entre los diferentes niveles de estilo y lengua es todavía más notoria en un variado subgénero donde encuentran su cabida escritos de pseudociencia, astrología, onirotica, iatrosofía, etc. Con el paso del tiempo el lenguaje de este variopinto grupo de literatura pasa a estar casi enteramente dominado por la expresión demótica en vocabulario y gramática quedando vestigios del lenguaje en las citas de salmos, recetas de médicos antiguos y poco más.

Un elemento constante en muchos autores es el recurso a la dicción popular debido a razones estilísticas, por ejemplo, la necesidad de dotar de viveza y realismo a la narración. Autores tan alejados cronológicamente como Juan de Antioquía<sup>21</sup> o Juan Canano<sup>22</sup> hacen uso de vulgarismos en sus respectivas narraciones para acercar más al lector a determinados hechos.

Los autores aticistas ignoran, por lo general en su mayoría, el lenguaje popular, pero hay importantes excepciones. Unas veces esto se debe a la materia que tratan; por ejemplo, Eustacio de Salónica es un filólogo que necesita acudir continuamente a los diferentes registros del lenguaje en sus comentarios a Homero. Es lo mismo que sucede en el opúsculo gramatical de Genadio Escolario, en los léxicos y, cuando menos se espera, en los escolios. En ocasiones podemos encontrarnos con ejemplos reveladores de que los escritores eran conscientes de que normalmente el lector no tenía conciencia de los niveles de lenguaje culto/popular. Son casos típicos de la coexistencia de formas de expresión que se nos han atestiguado a través de contaminaciones en la transmisión textual; de manera que una expresión vulgar utilizada conscientemente por el autor en su narración culta ha sido alterada por copistas posteriores que trataron de “sanarla” en ático en un claro intento de ultracorrección<sup>23</sup>. Los nombres propios son un terreno abonado para rastrear estos testimonios de coexistencia entre formas aticistas cultas y demóticas. Ciertos autores rigurosamente aticistas se cuidaron

<sup>20</sup> Para estos materiales de Brienio, Besarión y Láscaris cf. E. TRAPP, *DOP* (1993) p. 124.

<sup>21</sup> Hay dos autores homónimos, uno del s. VII y otro del X, a veces es imposible distinguirlos.

<sup>22</sup> *Johannis Canani De Constantinopolis obsidione*, ed. E. PINTO, Nápoles 1968, con trad. ital. (2ª ed., Mesina 1977).

<sup>23</sup> Cf. el ejemplo mencionado por E. TRAPP, *DOP* (1993) pp. 125-126 a propósito del verso de la Belisariada en Teodoro Agalianos (= Teófanos de Media) εἰ μὴ Βελισσάριον εἶποι τις, ὅν ἡ τύχη ὕψωσε καὶ ὁ φθόνος ἐτύφλωσε.

mucho de mantener sus propios apelativos en la forma vernácula, por ejemplo, Juan Cortasmeno debería haberse llamado Κεχορτασμένος, nombre por otra parte que mantienen en esta variante culta otros personajes coetáneos; Joge Gemisto Pletón, hizo lo contrario culturalizando con la forma Πλήθων su correlato vulgar Γεμιστός.

El caso de la producción literaria abiertamente dialectal es distinto. La literatura cretense<sup>24</sup> es un desarrollo enteramente nuevo, homologable a cualquier literatura vernácula occidental, además de que en cuanto a géneros y temática el influjo italiano, a través del dominio veneciano, es decisivo. Lo mismo cabe decir para Rodas y Chipre. En todo caso, las condiciones para una dicotomía real entre literatura culta y popular se dan en época postbizantina —es decir durante el dominio otomano—, cuando la instrucción en griego decae y la Iglesia es el único foco de actividad cultural en el que, a pesar de su profundo conservadurismo, se realizarán durante cuatro siglos las adaptaciones vernáculas de obras teológicas e históricas compuestas anteriormente e incluso la compilación de otras nuevas. Las condiciones en que se mantiene la actividad intelectual o escritoria durante la turcocracia no permiten ya, por lo general, la consulta sistemática para las citas de textos antiguos en nuevos textos o en nuevas adaptaciones. Por ejemplo, en el poema de *Diyenís*, en la versión —ya tardía, del siglo XV— del manuscrito de Trebisonda todavía aparece citado algún verso de la *Ilíada*<sup>25</sup> conforme al hexámetro original, mientras que un ms. de Atenas ofrece ya una versión totalmente en griego moderno<sup>26</sup>.

De hecho parece como si los autores de obras bizantinas en griego vernáculo hubieran intentado ofrecer a veces un carácter más culto. Esto es muy frecuente en lo que se refiere a las citas bíblicas, por lo común, respetadas, incluso a costa de la estructura métrica<sup>27</sup>. Otras veces el interés por la Antigüedad como elemento legitimador lleva a realizar adaptaciones inadecuadas; por ejemplo, al final de la *Aquileida* el adaptador añade de su cosecha unos versos aclaratorios del contenido real de la leyenda antigua. La pobre introducción en dodecasílabos de la versión criptoferratense

<sup>24</sup> Cf. P. BÁDENAS, «Literatura cretense y tradición popular. Necesidad de una nueva metodología para su estudio», *Erytheia* 19 (1998) 117-140.

<sup>25</sup> *Il.* 1. 363 : ἔξαυδα, μὴ κείθε τῷ νῶ (corr. νόω), ἵνα εἶδομεν ἄμφω (*Diyenís* T 1220)

<sup>26</sup> Μὴ κρύψης γνώμην εἰς τὸν νοῦν νὰ μὴ φθαρῆς ἀτός σου (A 1808) en la ed. de P. CALONAROS, Atenas, 1941, p. 104. Lo mismo sucede con otras citas de Gregorio Nazianzeno para los vv. A 1811-1814.

<sup>27</sup> Cf. E. TRAPP, *DOP* (1993), p. 127.

del *Diyenís* es otro ejemplo de los intentos formales de establecer vínculos entre la poesía bizantina *standard* y una obra popular. Es, como puede apreciarse, evidente que los autores bizantinos de obras populares quieren vincularse con la literatura culta, lo cual hay que interpretarlo como una manifestación de compromiso y coexistencia lingüística, análoga a la tendencia, que someramente hemos expuesto, de los autores cultos a servirse conscientemente de demoticismos.

Al final de la vida de Bizancio, cuando la lengua griega ha desarrollado ya casi todos los elementos que la sitúan en su estadio moderno de evolución, la brecha entre la literatura aticista y la literatura vernácula se acrecienta hasta el punto de que se llega a perder el contacto directo, por ejemplo, con Homero. Es significativo el papel que representa la *Iliada* de Hermoniaco<sup>28</sup>, primero porque nos ilustra sobre la disponibilidad de fuentes literarias antiguas en la Arta del siglo XIV, que no era mucha, sino del cambio de signo que había experimentado ya para esa época el estudio de un autor como Homero (también la Tragedia), fundamental en toda la *paideia* griega desde la Antigüedad, pero que en los siglos XIV y XV era solo accesible a través de paráfrasis y metáfrasis retóricas en las que los temas originarios se hallaban diluidos y, sobre todo, se había perdido el contacto directo con el texto antiguo. Una obra como la adaptación de la *Iliada* por Hermoniaco es fundamental para entender qué Homero, por ejemplo, se siguió conociendo durante mucho tiempo en el ámbito griego del imperio otomano. La *Iliada* de Nicolás Lucanis<sup>29</sup>, impresa en Venecia en 1526 y que conoció varias reediciones hasta bien avanzado el siglo XVII, depende directamente del trabajo de Hermoniaco y, aunque ya muy reducida y en lengua casi enteramente moderna, nos da idea de que entre los griegos de finales del siglo XV en adelante se mantiene sustancialmente un mismo modelo de educación y de lectura aunque ya en lengua vernácula –muy alejado del redescubrimiento directo de Homero y la literatura antigua en el Renacimiento occidental–.

El influjo directo de literatura vernácula medieval occidental en la literatura popular bizantina constituye un capítulo aparte, pero que tampoco es totalmente ajeno a los fenómenos de simbiosis que hemos expuesto. *Guerra troyana*, *Florio* y *Platziaflora*, gran parte de la literatura cretense,

<sup>28</sup> Cf. E. M. JEFFREYS, «Constantine Hermoniakos and Byzantine Education», *Δωδώνη* 4 (1975) 81-109.

<sup>29</sup> Cf. P. BÁDENAS, «La metáfrasis de la *Iliada* al griego vulgar. A propósito de la *Iliada* de Nicolás Lucanis», *Emerita* 63 (1995) 129-144.

en particular el teatro, son “traducciones” con un índice mayor de innovaciones y reelaboraciones. La literatura postbizantina, la cretense en especial, necesitan de una nueva metodología, porque las actitudes de nacionalismo literario, sobre todo en Grecia, han enturbiado durante demasiado tiempo la discusión y el análisis científico sobre conceptos tenidos por opuestos, cuando no irreconciliables, como “culto”/“popular”, “arcaizante”/“vernáculo”, “elevado”/“bajo”, “urbano”/“rural”, conceptos entendidos como categorías absolutas e inmutables. Es innegable que cuando el estudio del griego antiguo decayó, mucho más en los dominios latinos que en el menguante espacio bizantino, el crecimiento y predominio de las hablas vernáculos del griego se acentuaron, pero nunca puede pensarse que existiera en Bizancio, ni siquiera al final, un *γλωσσικὸ ζήτημα* o “cuestión lingüística” como la que ha escindido a la comunidad grecohablante desde mediados del siglo XIX hasta hoy. Al contrario, podemos observar una tendencia de larga duración al doble uso de los registros arcaizante y vernáculo por parte de los autores más dispares cualquiera que sea la época en que nos movamos. Incluso escritores cretenses tardíos, como Jortadsís (contemporáneo de Shakespeare y Cervantes) no dudan en incorporar ocasionalmente formas arcaicas (como *διδάσκαλος* por *δάσκαλος* u *ὄφθαλμός* por *μάτι*). El empleo de dobles entre términos demóticos y mantenimiento de formas arcaicas es un fenómeno que ha pervivido hasta la actualidad: *κρασί* / *οἶνο-πωλεῖον*, *ψωμί* / *ἄρτο-πωλεῖον* / *-πώλης*, cuando, por ejemplo, Teodoro Balsamón (siglo XII) usaba ya el compuesto analógico vulgar de *ψωμο-πώλης*.

Así pues, podemos afirmar que la coexistencia de ambos registros del lenguaje, tanto en autores con sólida formación clásica, como en autores abiertamente demóticos, recurría a ambas formas de expresión, bien por razones prácticas, bien en aras de una mejor comprensión por parte del público, como por criterios estilísticos, incluido el de hacer coexistir deliberadamente en una misma obra los elementos antiguos y los vernáculos. A fin de cuentas, este fenómeno nunca fue ajeno a la lengua griega: Homero representó siempre lo que siempre fue, un lenguaje artificial; y lo mismo el lenguaje del Teatro. No comparto la tesis de E. Criarás<sup>30</sup> de que el público al que se dirigían las obras en lengua arcaizante fuera distinto del que se interesaba por la literatura en demótico, ni que la literatura oficial igno-

<sup>30</sup> E. CRIARÁS, «Diglossie des derniers siècles de Byzance», *13th International Congress of Byzantine Studies, Main Papers IX*, Oxford 1966, p. 17.



rara la existencia de una literatura popular y que ambas modalidades siguieran caminos distintos prevaleciendo al fin la modalidad popular. Tal enfoque es anacrónico e inexacto, como los textos mismos se encargan de demostrar.

Como hemos tenido ocasión de exponer aquí no son pocos los autores bizantinos que recurrieron a un doble nivel de expresión lingüística (Pródromo, Glicas, Juan Anagnostes, Brienio, Besarión, Plusiadenos, etc., etc.) y su público no era sustancialmente distinto. La novela de *Calímaco y Crisorroé* (ca. 1300) la escribió Andrónico Paleólogo, un sobrino del emperador homónimo. La constatación de una permanente y compleja simbiosis de las literaturas bizantinas popular y culta no significa borrar las profundas diferencias de temática, estilo y, por supuesto, de lenguaje, sino que las fuentes mismas se encargan de darnos un cuadro, totalmente vivo, de la gran diversidad de situaciones y de formas mixtas que interactúan en la literatura bizantina globalmente entendida; tendencias mucho más fuertes y, por supuesto, enriquecedoras que la estrecha percepción de formas de expresión antagonicas y excluyentes. A medida que se siga profundizando, con nuevos enfoques y métodos, en la edición, estudio y comentario de la inagotable literatura griega medieval, se verá todavía con más claridad que los mecanismos de coexistencia lingüística y estilística son bastante más fuertes que los de separación. Quizá entonces sea el momento de revisar por completo los tradicionales criterios de taxonomía y clasificación de la literatura bizantina, tal y como la asentó Krumbacher y que de alguna manera –con grandes avances, por supuesto– han seguido en la actualidad Hans Georg Beck y Herbert Hunger. Y, desde luego, los criterios que desde la neogrecística se han establecido para la literatura popular bizantina acabarán en algún momento siendo enteramente reconsiderados.

Las grandes líneas, intuitidas por Erich Trapp, para la renovación de los estudios sobre literatura bizantina serían: primero, en el plano sincrónico, profundizar en la línea de indagación sobre los autores y su medio<sup>31</sup>; en el plano diacrónico, la búsqueda de nuevos criterios de descripción y clasificación con independencia de los tradicionales sobre literatura religiosa,

---

<sup>31</sup> Método iniciado por A. KAZHDAN, «Der Mensch in der byzantinischen Literaturgeschichte», *JÖB* 28 (1979) 1-21, aplicado fructíferamente a la historiografía por J. LJUBARSKIJ, «New Trends in the Study of Byzantine Historiography», *DOP* 47 (1993) 131-138, «Man in Byzantine Historiography from John Malalas to Michael Psellos», *DOP* 46 (1992) 177-186.

secular, géneros y lenguaje; en el plano del léxico, superación de los criterios lexicográficos tradicionales de la filología clásica, aplicados indiscriminadamente al conjunto de la lengua griega desde la Baja Antigüedad y que han distorsionado enteramente el estudio del griego desde la Patrística hasta el siglo XV.

Pedro BÁDENAS DE LA PEÑA

*Instituto de Filología, C.S.I.C.  
c/ Duque de Medinaceli, 6  
28014 Madrid*